

Pensamiento y feminismo en la España de 1961. María Campo Alange: *La mujer como mito y como ser humano*

Thought and feminism in Spain, 1961. María Campo Alange:
Woman as a myth and as human being

Gloria Nielfa Cristóbal

Universidad Complutense de Madrid

Recibido el 17 de marzo de 2002.

Aceptado el 19 de abril de 2002.

BIBLID [1134-6396(2002)9:1; 185-196]

Introducción

El presente texto apareció en un libro* publicado por María Campo Alange en 1961, en el que se incluyeron, además, “Algo más sobre el amor (Por el camino de Ortega)”, “La mujer y la verdad”, “Convivencia hombre-mujer” y “Solana y la mujer”; seguramente, su mayor enjundia teórica fue lo que llevó a la autora a elegirlo para dar título al libro.

Creo que puede ser interesante destacar el momento de la evolución de María Campo Alange en el que se sitúa este trabajo. Ella había mostrado su interés por el tema, ya desde la publicación, en 1948, de *La secreta guerra de los sexos*, una obra en la que se habla de lo femenino y lo masculino como dos fuerzas enfrentadas que rigen la vida humana, y en la que expresa preocupaciones de tipo filosófico y antropológico y manifiesta la convicción de estar viviendo el final de un ciclo histórico**. Se interesa más tarde por la biología, en la quizá cree encontrar ciertas claves de explicación, dejando ya constancia de ello en el prólogo de la tercera edición de la citada obra, en 1958, en la que, por otra parte, afirma estar asistiendo al comienzo de una

* CONDESA DE CAMPO ALANGE: *La mujer como mito y como ser humano*. Madrid: Taurus, 1961.

** Véanse las alusiones a esta obra contenidas en otros dos artículos publicados en este mismo número.

fase histórica nueva. Es fácil ver cómo aspectos que aparecen esbozados en dicho prólogo se desarrollan aquí con mayor amplitud y profundidad. Además, ya en 1956 había reseñado la publicación en España de *La mujer* de F. J. J. Buytendijk***, uno de los autores en los que sustenta parte de sus argumentaciones. Como hiciera Concepción Arenal un siglo antes, en búsqueda de respuestas a los interrogantes que le plantea la situación de las mujeres en su sociedad, María Campo Alange dialoga con la ciencia de su tiempo, aportando su propia reflexión. Por otra parte, en febrero de 1957, “La mujer como mito y como ser humano” fue el título de una conferencia pronunciada por la autora en la Asociación Española de Mujeres Universitarias (AEMU), dato que nos confirma la atención que dedicó a este tema en los años anteriores a la publicación del libro.

Quizá el título encierra más de lo que parece a primera vista. En él está la clave de su forma de acercarse a eso que se ha llamado “la cuestión de la mujer”. Cuando decimos mujer, ¿estamos hablando de un concepto mítico de feminidad o estamos hablando del ser humano femenino? Utilizando el término “mujer” en el primero de los dos sentidos citados, llega a afirmar, con una ironía que está presente también en otros puntos del trabajo, que las mujeres están a punto de extinguirse, para reflexionar sobre los pros y los contras de la desaparición de un determinado ideal de feminidad. Apoyándose en Teilhard de Chardin, en Merlau-Ponty, en Buytendijk, nos habla de la tradición acumulativa de la especie humana, esa transmisión de experiencias que hace de ella no una especie natural, sino “una idea histórica”; y, por tanto, del peso de la experiencia, de los comportamientos aprendidos que forman la civilización, también en el terreno de las diferencias entre hombres y mujeres, que se nos muestran, así, como creadas por la cultura. Es ésta una cuestión esencial, tratada por Simone de Beauvoir en *El Segundo Sexo*, obra de la que ella se hizo eco tempranamente, y que tomaría nuevos vuelos en la antropología de los años 70, dando lugar a la formulación del concepto de sistema sexo/género, cuyas consecuencias en el desarrollo posterior de los estudios feministas no es necesario recordar aquí.

Así, pues, podríamos decir que este breve texto marca un punto de inflexión en la obra de María Campo Alange; en cierto modo es el puerto a que le ha conducido una reflexión sobre el tema de más de una década. Ese “ser humano femenino” que queda al desaparecer la mujer mítica va a ser el centro de su atención a partir de entonces, ya en algún otro de los ensayos incluidos en el mismo libro, como “Convivencia hombre-mujer”, en el que se refiere directamente a la realidad española del momento, algo que estaba ausente en *La secreta guerra...* Pero lo será más claramente en los trabajos

*** ABC, 25-2-1956.

de tipo histórico o sociológico que publica en los años 60: *La mujer en España. Cien años de su historia, 1860-1960* (1964), y *Habla la mujer. Resultados de un sondeo en la juventud actual* (1967), obra colectiva realizada bajo su dirección por el Seminario de Estudios Sociológicos de la Mujer. El objeto de atención ya no es la feminidad, son las mujeres de carne y hueso.

En el contexto en que aparece la obra, la España del franquismo, afirmar que “la mujer es susceptible de tomar infinitas formas” equivale a negar las raíces de un discurso impuesto desde el poder, que limitaba las posibilidades de las mujeres, asignándoles la función de esposas y madres, con exclusividad frente a cualquier otra. Estamos, pues, ante el trabajo de una intelectual independiente, que reflexiona a partir de un variado elenco de lecturas, y que a través de la fundación del Seminario de Estudios Sociológicos sobre la Mujer, con otras mujeres, está promoviendo una tarea colectiva de estudio, que dará sus frutos en las décadas siguientes.

En conclusión, creo que se trata de un texto imprescindible en el proceso de reconstrucción del debate feminista durante el franquismo.

CONDESA DE CAMPO ALANGE: *La mujer como mito y como ser humano*

Si hemos de creer a Simone de Beauvoir¹, nadie, en el momento presente, puede asegurar si aún existen mujeres, si existirán siempre, si hay que desear o no que existan. Tampoco es cosa clara, ni mucho menos, el puesto que ocupan en la sociedad, y menos aún el que deberían ocupar.

No. Evidentemente no sabemos —porque la apreciación es delicada y se presta a error— si por esos mundos de Dios, o si ustedes quieren del diablo, existen aún esos seres peculiarísimos que llamamos mujeres. En todo caso, hay que pensar que, si no han desaparecido totalmente, están a punto de extinguirse.

Todo parece indicar, en efecto, que la tierna y delicada planta de estufa que fue cosa corriente hasta el pasado siglo, y que tantos cuidados especiales requería, tiende a desaparecer de la superficie de la tierra. Rotos ya los cristales que la resguardaban de los rigores del clima exterior, falta del necesario calor y ya a la intemperie, azotada por todos los vientos que hielan sus más tiernos brotes, no le queda otro recurso que desaparecer.

Y tal como van las cosas, hay que pensar que, en un futuro remoto, la mujer será algo así como hoy es para nosotros el hombre de Pekín o de Neanderthal.

1. Simone de Beauvoir: *Le Deuxième Sexe*.

El hecho de que en España aún podamos exhibir algunos auténticos ejemplares de mujer, ¿es una suerte?, ¿es un síntoma de atraso?, ¿es las dos cosas a la vez?... Y otra pregunta todavía: estas mujeres que aún quedan apegadas a nuestro suelo, y posiblemente también a otros, ¿a qué época de la historia pertenecen?

Porque si ustedes lo piensan bien, nada más difícil de precisar que el tiempo histórico al que cada uno de nosotros estamos espiritualmente adscritos, al que nos sentimos incorporados como individuos o como colectividad.

Supongamos por unos momentos que asistimos a una reunión a la que han sido convocados especialmente hombres y mujeres de todas las clases sociales, de todas las profesiones, de todas las edades, pertenecientes a todos los países del mundo. Supongamos también que somos dueños de un curioso invento, especie de barómetro, que, aplicado a cada individuo, señala el tiempo histórico al que espiritualmente pertenece. Indudablemente sería una tarea apasionante, pero que nos llenaría de desconcierto. Al ir aplicando el prodigiosa invento a cada uno de los individuos congregados, cierta aguja del aparato señalaría unas veces la prehistoria o la Edad Media. Otras el siglo XIX. En ocasiones, oscilaría indecisa entre el pasado y el presente siglo. Rara vez marcaría el tiempo fijo, es decir, el momento actual, el que realmente vivimos, y aplicado a determinados individuos, imaginativos y soñadores, la aguja apuntaría hacia un futuro enigmático, más o menos utópico, en el que bullirían los robots movidos por energía atómica...

El hecho es que no podemos saber a ciencia cierta —aunque existen indicios para sospecharlo— si al estrechar la mano de un amigo o de alguien a quien acabamos de conocer, si al entablar una conversación con el uno o con el otro, nos separan de ellos uno, dos, tres o más siglos de historia.

Pero volvamos a nuestro tema sin perdernos en divagaciones.

Si hemos convenido en que las mujeres tienden a desaparecer, en que cada día son más escasas, ¿qué son, entonces, esos seres que forman la mitad del género humano y que evidentemente no son hombres?

Hace algún tiempo la prensa europea —y sospecho que también la americana— se conmovió al comprobar que en la Unión Soviética existía todavía *una sola* mujer. ¿Y saben ustedes por qué se llegó a semejante conclusión? ¿Saben ustedes por qué el mundo entero acogió con júbilo tan insólita noticia? Pues por el hecho —cierto o no— de que una atleta soviética había robado unos sombreros en unos almacenes londinenses.

Un hecho tan trivial tomó de pronto caracteres de acontecimiento mundial. Según parece, este gesto representa para muchos un indicio optimista respecto a la invencible persistencia de la feminidad.

Parece ser que el rasgo a que aludimos llenó de satisfacción —no me atrevo a generalizar— a casi todos los hombres. Y hablo sólo de hombres porque creo que este incidente banal dejó a la mujer más bien indiferente.

Pero si, en realidad, la “feminidad” está en trance de desaparecer, si deseamos a toda costa que la mujer siga siendo “femenina”, si esta feminidad está simbolizada por la atracción —para ella más fuerte que ninguna otra cosa en la vida— de eso que llamamos, a un tiempo tierna y despectivamente, “trapos”, ¿a qué viene todo el inagotable filón de chistes, que se han convertido en clásicos, sobre el marido abrumado por la mujer que compra y compra sin tino prendas inútiles, sombreros y trajes de formas estrafalarias y muchas veces ridículas, que él tendrá que pagar con el fruto de su trabajo?

Dentro de asunto tan complejo, en este punto, como en otros muchos, las cosas no están del todo claras y es difícil saber si, en realidad, el hombre se siente agobiado o satisfecho, si le atrae o le repele, si es para él un mal inevitable o, por el contrario, un delicioso encanto el esquema de feminidad a que aludimos.

Porque, en definitiva, el ideal de mujer sumisa, dulce y analfabeta no siempre se ha logrado en sus dos primeras partes, y, con frecuencia, el hombre ha sido su víctima. Ese ser desposeído de cultura, aunque inmerso en la cultura, ha gritado con frecuencia su aburrimiento, su descontento y su inutilidad, o se ha refugiado en el mundo tan asequible de la frivolidad.

Pero ¿a qué preocuparnos entonces por la pérdida de ese esquema de feminidad que tantos y tan graves inconvenientes tiene? ¿Cómo explicarnos, por otra parte, que al desaparecer algo que consideramos como consubstancial con la mujer, la mujer misma, el ser humano femenino, permanezca inmovible, es decir, que a pesar de todos los cambios, siga dedicado a la tarea de multiplicar la especie en número más que suficiente? ¿Por qué alarmarnos tanto? ¿Qué hay de malo y qué hay de bueno en este cambio? ¿Cuáles son las causas que lo producen?

Esto es lo que vamos a tratar de poner en claro.

Para ello me veo obligada a hacer una ligera irrupción en el campo de la biología. La atrayente, la apasionante biología de hoy. Hasta ahora nos estaba permitido a los escritores hablar únicamente en nombre de la intuición. Yo misma, hace unos años, publiqué un estudio sobre este tema partiendo de los hechos históricos y guiada por mis propias intuiciones. Hoy tengo la satisfacción de verlas confirmadas por la Ciencia. Pero ahora que la mente de los sabios y de los filósofos se ha liberado por fin de los viejos prejuicios para buscar la pura, la estricta verdad, ¿por qué no apoyarnos en ellos?

Es necesario conocer la opinión de los biólogos de hoy sobre la especie humana y las características sexuales, si queremos llegar a una conclusión más o menos provisional sobre la psicología de los sexos. Provisional, desde luego, puesto que operamos con un material en constante transformación: La Humanidad.

Hasta hace poco, los biólogos veían en el hombre un animal como otro cualquiera. La especie humana no era para ellos sino una más entre las ochocientas o novecientas mil especies animales que pueblan la tierra. Sus características, perfectamente definidas, enumeradas y minuciosamente clasificadas, sitúan al hombre —como todos sabemos— en la clase de los mamíferos, y dentro de éstos, y a causa de ciertas particularidades —como son las de tener cinco dedos, tres clases de dientes, etc.—, en el orden de los primates. Pero aun dentro del orden de los primates, o de los grandes monos, el ser humano sigue diferenciándose de éstos tan considerablemente, que todavía justifica la creación de una familia particular: los homínidos, que a su vez sólo comprende un grupo, género o especie: la suya, es decir, el hombre.

Teilhard de Chardin dice que “desde un punto de vista puramente positivista —y él no lo es, por supuesto—, el hombre es el más misterioso y el más desconcertante de los objetos encontrados por la Ciencia”. Vamos, pues, a enfrentarnos con este desconcertante objeto.

En primer lugar, y para abordar el problema, diremos algo casi innecesario, porque todos lo saben: el peso del cerebro humano es, según parece, 1.160 gramos, mientras que el cerebro de los grandes monos que vienen inmediatamente después en inteligencia sólo pesa: 464 gramos el del gorila, algo menos el del orangután y menos aún el del chimpancé. Naturalmente, si tenemos en cuenta el peso del hombre y el de estos grandes animales, la diferencia de la masa cerebral entre uno y otros es aún mayor.

El desarrollo del órgano de la inteligencia en el hombre trae como consecuencia para su especie unas características singularísimas.

Sabemos que un mono, un perro, un caballo, son susceptibles de ser educados, pero ninguno de ellos podrá transmitir lo que ellos mismos aprendan. Por el contrario, el hombre no sólo puede transmitir sus propias experiencias, sus observaciones o sus descubrimientos, sino que, de generación en generación, trasmite las experiencias, las observaciones y los descubrimientos de los hombres preeminentes que le han precedido en la Historia, poniendo en esta tarea un especial empeño.

Es decir, que el hombre es la única criatura en la tierra que posee una tradición acumulativa que pesa ya sobre nuestras mentes con el acervo ineludible de los siglos que nos precedieron.

Y de algo grave y trascendente empezamos a tener conciencia en la actualidad: nuestra especie no es, como todas las demás, una especie natural, sino que, como ha dicho Merleau-Ponty, es “una idea histórica”. Percibimos con singular agudeza y con asombro que el hombre es un ser tan exquisitamente complejo que, en parte y de forma enteramente artificial, se ha creado a sí mismo. O más exactamente: está en transe permanente de autocreación.

La conciencia de nuestra artificiosidad, además de ser una idea que nos carga con un abrumador sentimiento de responsabilidad, nos descubre nuevos continentes psicológicos, selvas vírgenes atrayentes y tentadoras para aquellos que se interesan por el conocimiento del alma humana.

Y los biólogos empiezan a enfrentarse con este ser complejo y artificial que en tantos aspectos tiene ya adquirida una segunda naturaleza. No tienen ellos inconveniente en aceptar, con los filósofos, que “el hombre es una idea histórica y no una especie natural”. No obstante, advierten que no hay que perder de vista que, en cuanto a corporeidad animada, pertenece a la naturaleza. La existencia es una manera corporal de estar en el mundo. Es decir, que el hombre percibe, siente, piensa y actúa a través de las posibilidades de su cuerpo, de un cuerpo de varón o de hembra, fuerte o débil, bello o feo, sano o enfermo, joven o viejo. Un cuerpo que mantiene un determinado porte, que posee una personal dinámica, un repertorio de gestos, su propia voz, etc.

Pero, a pesar de ser un asunto complejo —y siempre en busca del substrato o realidad básica de la naturaleza humana—, los biólogos se lanzan al estudio comparado del hombre y el animal, no sin hacer una advertencia más: la naturaleza —prodigiosamente polimorfa— ha encontrado soluciones distintas para cada una de las especies. Hay, pues, que ser cautos en el terreno de las comparaciones y reconocer que la investigación biológica de la vida animal no ayuda, de forma decisiva, a esclarecer el problema planteado por el hombre. Sin embargo, poco a poco, y por este camino, va perfilándose la figura humana hasta aparecer a nuestros ojos como un fenómeno único que de día en día va alejándose de la naturaleza para adentrarse en un mundo de artificios.

Y mientras unos biólogos, entre los que se encuentra Buytendijk, persiguiendo las diferencias sexuales, se inclinan por los mamíferos —más semejantes fisiológicamente a nosotros—, Julián Huxley, entre otros, busca en el comportamiento de los insectos sociales —hormigas, termites y abejas— las misteriosas vías del instinto. Porque, en realidad, el hombre tiene de los unos y de los otros, y podría decirse de él —no sé si se ha dicho ya—, que, en cierto modo, es un mamífero social.

No saca Buytendijk conclusiones realmente interesantes de su exploración por el campo de los mamíferos. En cambio, Huxley —en su estudio sobre los insectos sociales— sí que la saca y nos la deja sacar a los demás suministrándonos un preciosísimo material científico.

Por lo pronto, anticipémonos a decir que la Ciencia desecha la aparente semejanza entre el hombre y el insecto social que a tantas fantasías ha dado lugar en proyectos de sistemas políticos utópicos y en novelas de “anticipación”. Basta saber en este caso que los insectos sociales son, por lo menos,

cinco veces más antiguos que el hombre², y que las hormigas, por ejemplo, desde hace millones de años, han alcanzado el máximo nivel que pueden alcanzar, “mientras que el Hombre —su biología lo dice— está todavía al principio de su carrera evolutiva”³.

Y puestos en trance de soñar con los futuros estados del hombre, caeremos nuevamente en la novela de anticipación o nos perderemos en la bruma de los milenios venideros.

Pero dejemos este asunto en puntos suspensivos.

Y ahora, para continuar, supongamos —exagerando el pesimismo con el sólo objeto de poner un ejemplo— que la civilización y la humanidad fuesen destruidas hasta el punto de no quedar sobre la tierra más que unos pocos seres jóvenes y enteramente incultos. Estas criaturas se verían obligadas a dar comienzo a la obra de la cultura, empezando por sus mismísimos cimientos. Destruíd, en cambio, un hormiguero. Dejad sólo unos cuantos seres jóvenes totalmente aislados y ellos se encargarán de rehacer su sociedad en idéntica forma, de construir, con las mismas características de antes, el hormiguero arrasado.

Y es que la civilización “hormiga” está inscrita en los reflejos del animal, procede de sus cromosomas, en definitiva: es transmitida por herencia biológica. En cambio, la civilización del hombre no reside en el hombre mismo, sino que está fuera de él, en la colectividad que mantiene por tradición unas determinadas formas sociales, en sus códigos, en sus bibliotecas, en sus museos.

Para que el insecto actúe eficazmente no es necesaria, pues, ninguna “enseñanza”; está provisto de los instintos necesarios para cumplir con las obligaciones que le impone su naturaleza. Posee un pequeñísimo margen de adaptación para circunstancias imprevistas, pero es totalmente incapaz de improvisar un nuevo sistema de comportamiento.

Y mientras los insectos sociales —para el caso, cualquier otro animal— obedecen ciegamente a su instinto, en la especie humana ha sido suplantado por un comportamiento aprendido, sobrepasado por la experiencia. Naturalmente, al abandonar las seguras vías del instinto, el hombre adquiere el incómodo privilegio de equivocarse. Y así, nos encontramos ante la espantosa libertad humana de la que tanto hablan los filósofos: nuestro viejo libre albedrío.

2. En ocasiones llega hasta cien veces más. Julian Huxley: *Les voies de l'instinct. Fourmis et termites*.

3. Julian Huxley: *Libro citado*.

Pero si el animal sigue ciegamente su instinto, en cambio, lo que caracteriza al hombre y resulta fundamental para su existencia es precisamente la posibilidad de tomar una posición *incluso* en contra de sus propios instintos, de su propia naturaleza.

En la actualidad, nos encontramos en un momento peligroso, porque pretendemos que las fuerzas contenidas en la animalidad pasen a la civilización. Es decir, que estamos en trance de trasladar los instintos desde la oscura gruta prehistórica hasta el claro y luminoso rascacielos del pensamiento. Y una vez allí, pretendemos analizarlos, clasificarlos e imponerlos a la sociedad como reglas de conducta.

Pero a veces ocurre que en el trasiego nos dejamos olvidados en la vieja cueva pequeños fragmentos o piezas esenciales para el buen funcionamiento del mecanismo social.

Por ejemplo: empezamos a darnos cuenta de que el régimen de vida ciudadano es totalmente antihigiénico, que nuestra forma de alimentación —a veces insuficiente, a veces excesiva— es siempre desequilibrada. Nos debilita o nos envenena.

Por otra parte, nos han aconsejado criar a los niños de forma casi permanente en sus cunas. De este modo —nos dicen—, tendrán el día de mañana la espalda más derecha y el sistema nervioso más calmado. Entre tanto, otros niños de pocos años pasan largas horas en guarderías infantiles mientras sus madres trabajan o descansan. Pero hay algo que no marcha bien. ¿Qué pasa? Se ha observado que unos y otros languidecen y que para criarlos sanos y fuertes es preciso que una mujer, que puede ser su madre, su enfermera o su maestra, les suministre dosis periódicas de ternura y un cierto tacto animal, suave y afectuoso.

Pero dejémosnos otra vez de divagaciones y pasemos, sin más, de las formas de comportamiento a la anatomía comparada del hombre y el animal.

Las diferencias entre uno y otro nos hablarán con evidencia a favor de la artificiosidad del primero.

Para empezar, podríamos decir que el animal nace “vestido”. Su epidermis está provista de abundante pelo, lana o pluma; la blandura de su cuerpo se resguarda a veces bajo el caparazón o la concha. Las especies animales vienen a la vida perfectamente definidas, invariablemente “equipadas” por la naturaleza.

Nacen también con sus propias armas defensivas y ofensivas más o menos eficaces: cuernos, colmillos, pico, aguijón, etc.

Y si continuamos con los insectos, para reducir el campo de las comparaciones, observamos que ellos han recibido como don gratuito de la naturaleza, y bajo la forma de naturales excrecencias, potentes armas y herramientas eficacísimas para el trabajo al que han sido destinados por la misteriosa organización de su especie. Una fuerza descomunal —en comparación a la

humana—acompaña a casi todos ellos. Si su tamaño no hubiese sido limitado por ciertas leyes biológicas, si hubiesen alcanzado talla semejante a la del hombre, habrían acabado con él en sus mismos principios.

El hombre hubiese podido, también, ser exterminado hace milenios por muchas de las especies animales existentes, sin duda más fuertes que él. Porque el cuerpo humano es vulnerable e indefenso como molusco sin concha. Carece de fuerzas. Por todo útil de trabajo, sólo posee las manos, habilísimas, importantísimas, pero excesivamente sensibles y frágiles.

Para abrigarse y protegerse —y también por razones psicológicas— empieza el hombre a cubrir y decorar su cuerpo. Crea la indumentaria y, por medio de ella, pretende, en cierto modo, exteriorizar su interioridad, definirse, clasificarse en grupos y en corporaciones, señalar las diferencias entre los sexos... Y con la historia del vestido da comienzo uno de los procesos humanos de mayor valor psicológico. Con razón se ha dicho —no sé por quién— que “toda la antropología está en el traje”.

Pero donde la innata tendencia de nuestra especie a la artificiosidad se manifiesta con mayor trascendencia —y también donde el hombre revela con mayor evidencia su superioridad— es en la creación de las defensas y de la industria y, sobre todo, en la invención y en la adopción de órganos sensoriales artificiales —telescopio, microscopio, radar, televisión, teléfono, etc.—, que es por lo que Freud calificó al hombre de “dios de la prótesis”.

No parece sino que el hombre esté dispuesto a gozar de todos los privilegios que, separadamente, poseen cada una de las especies animales, y la débil criatura humana es ya tan fuerte —al poner en marcha la energía de la naturaleza—, que, si Dios no lo remedia, ella sola será capaz de acabar con toda manifestación de vida en la tierra.

Podríamos decir que el hombre, a imagen y semejanza de Dios, emprende un proceso de creación y que la historia de la técnica guarda un cierto paralelismo con la historia natural.

Y a partir de la simple piedra tallada, que pudiéramos asemejar a la amiba (el organismo unicelular de la creación divina), pasando por los anfibios, llegamos hasta los reptiles —carro de ruedas movido por tracción animal o automóvil—. O a las aves —globo flotando a la deriva o avión de velocidad supersónica. O a las mil especies de máquinas cada vez más complejas, hasta llegar al cerebro electrónico, que es el “homo sapiens” de la técnica mecánica.

Pero, aun dejando a un lado el mundo de lo artificial, la naturaleza humana admite cambios psicológicos y hasta fisiológicos de considerable importancia. La plasticidad de nuestra alma es casi ilimitada y hemos de rendirnos a la influencia decisiva del medio.

Sabemos por experiencia que una forma de existencia puede imprimir a la persona nuevas características. Pero también sabemos por los biólo-

gos que hasta un proyecto de existencia puede modificar la secreción de las hormonas.

Pensemos por un momento en las abejas. Sabemos que las diferencias existentes entre reina y obrera dependen exclusivamente de un régimen alimenticio. Muerta la reina en accidente, las obreras suministrarán una larva, igual a todas las demás, la llamada jalea real y harán de ella una nueva reina. También nosotros tenemos la posibilidad de cambiar a las criaturas —niños y niñas— con sugerencias psicológicas y regímenes de vida diferentes. Y partiendo de unas diferencias anatómicas y fisiológicas, evidentes pero no definitivas, creamos seres humanos en todo distintos: hombre y mujer.

Los estudios de Margarita Mead en las islas del Pacífico y en la Nueva Guinea han suministrado elementos en este sentido decisivos.

Dedicada a estudiar durante años las tribus primitivas con el propósito de conocer el verdadero temperamento de la mujer, parece ser que ha observado que en tribus que viven de la agricultura, hombres y mujeres trabajan juntos, pacíficos y contentos. Los dos sexos son típicamente maternales. Los niños son amamantados largo tiempo. Hombre y mujer les acunan indistintamente. Bajo nuestro punto de vista, los varones son muy femeninos. La vida sexual apenas desempeña papel. Hombre y mujer son extremadamente bondadosos.

En otra tribu de las estudiadas resulta, por el contrario, que hombres y mujeres son violentos, envidiosos y falsos. Agresivos y cazadores de cabezas. Las relaciones sexuales son acusadas. Carácter maternal poco definido. Las mujeres hacen toda clase de trabajos. Trepan a las palmeras y son agresivas. No existe vida familiar. Las madres no tienen cariño a sus hijos. Los amamantan poco tiempo. Los muchachos son coléricos y belicosos.

A la vista de estos resultados, Buytendijk nos da las siguientes conclusiones:

“En su estudio —el de Margarita Mead—, llegó al resultado de que las diferencias biológicas entre hombre y mujer, desde la diferencia primaria hasta las posibles diferencias secundarias, no tienen la menor importancia para las propiedades específicas condicionadas psico-sociológicamente, de los sexos.”

Y el propio Buytendijk llega a una conclusión que pesa en nuestro ánimo, porque es un biólogo quien habla: “Dentro de límites muy amplios, se puede hacer lo que se quiera de los hombres y de las mujeres”.

Pero hora va siendo ya de empezar a formular conclusiones y de enfocar nuestra visión decididamente sobre el momento presente. Y a la vista de tan delicadísimas circunstancias, sacar algunas deducciones prácticas, si es que podemos llegar a ellas, como sería nuestro propósito.

“Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Creólos varón y hembra”, dice textualmente el Génesis. Pero con frecuencia se olvida la segunda parte y se dice o piensa únicamente: “Dios creó al hombre a su imagen y semejanza”. Y la palabra “hombre”, dicha originariamente en el sentido de “género

humano”, ha sido tantas veces tomada por “varón” que la mujer ha quedado de este modo radicalmente excluida, haciéndose necesaria, con frecuencia, la aclaración que, hablando de este tema, hizo decir a aquel buen predicador francés: “*Quand je dis l’homme, j’embrasse toutes les femmes*”.

El auténtico ser humano es, sin duda, la pareja hombre-mujer. Por tanto, hay que pensar que cada uno de ellos, separadamente, es una imagen incompleta de Dios. Pero esta realidad, que empieza a hacerse patente en la actualidad, se ha tenido prácticamente olvidada durante milenios.

Hace años que el esquema fenomenotípico de la mujer europea ha empezado a descomponerse. Y la imagen mítica —respuesta de la mujer a la proyección del ideal varonil— ha comenzado a deformarse en la sociedad de hoy, empujada por corrientes económicas y culturales, como se deforma y se esfuma la nube empujada por el viento en el cielo de todos los tiempos.

La desaparición de ese esquema de feminidad tiene unas causas muy semejantes —dentro del ámbito de la historia hecha por el hombre— a aquellas que en el ámbito de la historia natural provocaron la desaparición de ciertas especies animales: los inmensos dinosaurios de la época terciaria. Y puesto que hace unos momentos hablábamos de zoología, permítaseme este símil, ligeramente cómico, pero bastante exacto: la desaparición de estos animales de dimensiones colosales se atribuye a que poseían un cerebro tan pequeño en proporción a su cuerpo que resultó totalmente insuficiente para conducirles con éxito a través de las vicisitudes de la vida. Faltos de la necesaria inteligencia, terminaron por extinguirse.

“La mujer” —esa especie artificial en trance de caducidad— tiene también, como los dinosaurios, un cuerpo desmesuradamente grande, un cuerpo al que se le atribuye una sola función: recrear, procrear..., mientras que ostenta un minúsculo cerebro, un cerebro atrofiado, insignificante y totalmente insuficiente para mantener la vida de la especie”. porque, en definitiva, en la historia, como en la naturaleza, sólo las “especies” inteligentes alcanzan la supervivencia.

Y “la mujer”, como los dinosaurios, desaparece por falta de seso.

En su lugar queda el ser humano femenino, ajeno a la historia, ajeno a la cultura, que empieza a moverse y actuar, a veces con petulancia y torpeza, a veces con inteligencia y eficacia, o permanece estático, inútil, perplejo, insatisfecho y desorientado...

¿Qué es la mujer? ¿Qué hace la mujer? ¿Qué debería hacer la mujer?

No olvidemos la enorme plasticidad del alma humana. El ser humano femenino, la mujer, es susceptible de tomar infinitas formas. Todos nosotros contribuimos a dárselas. Si fuese posible percibir con mayor evidencia los cambios sociales que estamos en trance de realizar, la idea de nuestra responsabilidad en este sentido preocuparía y ocuparía sin descanso a hombres y mujeres de buena voluntad.